

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

DOMINGO XI ORDINARIO

Queridos hermanos y hermanas:

La fiesta de hoy no sería de por sí necesaria en el transcurso del año cristiano, porque en toda oración comunitaria y en toda fiesta nos dirigimos y celebramos a Dios Trino.

Pero no resulta superfluo el que este domingo lo dediquemos a glorificar explícitamente a ese Dios que es Padre, Hijo y Espíritu, que son los que dan pleno sentido a nuestra existencia cristiana. Y eso, precisamente, cuando terminamos la Pascua, en la que ese Dios Trino, con un evidente protagonismo diferenciado, nos ha querido comunicar con mayor densidad su vida divina.

En los tres ciclos las lecturas de este día son diferentes, y nos presentan un retrato vivo del Dios Trino, no a partir de definiciones filosófico-teológicas, sino de sus actuaciones tal como se nos describen en la Biblia. Este año, ciclo C, sus rasgos característicos son la creación inicial del cosmos, la gracia que nos ha comunicado en Cristo y en el Espíritu, y la admirable comunión que existe entre las divinas Personas.

No es indiferente la imagen que tenemos de Dios. De ella depende en gran parte nuestra relación con él: de criaturas, de esclavos o de hijos.

La primera lectura nos presenta a la Sabiduría de Dios, presente desde el principio en la creación (¿hace miles de millones de años?). Un Dios que ha creado este nuestro mundo "con sabiduría y amor". La lectura nos describe poéticamente, incluso "lúdicamente", la evolución por la que se fue configurando este mundo en que habitamos y que tanto nos gusta. Habla del comienzo de la tierra, de los manantiales de agua, de cómo se fueron formando los montes y brotando la hierba sobre la tierra, y de cómo "colocó" Dios la bóveda de los cielos y puso límites al mar. La Sabiduría, en primera persona, dice que "yo estaba junto a él, yo era su encanto cotidiano, todo el tiempo jugaba en su presencia".



Dios se nos da a conocer ya en lo creado. Sobre todo, en la obra maestra de la creación: el hombre, al que hizo "poco inferior a los ángeles" y todo lo sometió bajo sus pies.

Cada día, pero sobre todo el día domingo -el "primer día de la semana", porque conmemora también el "inicio" de la obra creadora de Dios- deberíamos saber apreciar y alabar la maravilla de la creación, tanto del macrocosmos como del microcosmos, a cuál más admirables.

El San Juan Pablo II, en su documento sobre el domingo, *Dies Domini*, de 1998, dedica el primer capítulo a la valoración del domingo como día de la creación.

Los ecologistas tienen toda la razón de defender la bondad y la hermosura de la naturaleza contra las apetencias muchas veces mal encaminadas de los humanos. La "antífona" que se repite en el relato poético y religioso del Génesis, después de cada "día" de la creación, es "y vio Dios lo que había hecho y era bueno". Excepto el día en que creó al hombre y a la mujer, porque entonces su exclamación es: "y vio que era muy bueno".

Pero si la creación es admirable, como revelación de quién es Dios, mucho más lo es la obra de la salvación que se ha cumplido en Cristo Jesús. En él se nos ha revelado todo el amor del Padre. En Cristo y en su Espíritu tenemos la paz, la reconciliación, el acceso al Padre y la esperanza que da sentido a nuestra vida, a pesar de las tribulaciones que puedan salirnos al paso, como nos ha dicho Pablo.

El evangelio nos hace subir todavía a una comprensión más profunda. Nos habla de la admirable intercomunidad que existe entre las tres Personas. El Padre nos ha enviado a Cristo, que está íntimamente unido a él: "todo lo que tiene el Padre es mío", y los dos nos envían al Espíritu para que nos lleve a la plenitud de la verdad.



Puede parecer una visión demasiado elevada para los cristianos que caminamos por este mundo lleno de preocupaciones y límites. Pero ese es nuestro Dios, según las lecturas bíblicas de hoy.

Nuestro Dios no es un Ser perfectísimo y lejano, omnipotente y frío, retratado en un problema "aritmético" de personas y naturalezas. Dios es admirable en sí mismo y en la obra de la creación y, a la vez, cercano a la historia de cada uno de nosotros.

Es un Dios que es Padre, que se ha querido acercar a nosotros y ha entrado en nuestra historia, que nos conoce y nos ama. Un Dios que es Hijo, que se ha hecho Hermano nuestro, ha querido recorrer nuestro camino y se ha entregado por nuestra salvación. Un Dios que es Espíritu y nos quiere llenar en todo momento de su fuerza y su vida.

Un Dios cálido. El Dios bíblico. La Escritura se preocupa más de decirnos cómo actúa ese Dios que cómo podemos entender el misterio de su unidad y su trinidad. Es el Dios viviente y cercano. Pablo nos dice que "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado".

¿Podemos pensar en motivos más convincentes de esperanza, de confianza y paz interior, sea cual sea nuestra historia? Para Pablo, lo nuestro es "la esperanza de la gloria de los hijos de Dios".

Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador